

1

Si cabe hablar de una escala de valores en los afectos de Le Corbusier hacia las ciudades que conoció y para las que proyectó a gran escala, París se colocaría, sin duda, en el primer puesto del escalafón. París domina por entero la vida de Le Corbusier. París, ciudad a la que tanto quiso ofrecer y que de un modo tan parco y mezquino le correspondió. Y tal vez el segundo lugar de esa hipotética lista, lo ocuparía Chandigarh, la ciudad que Le Corbusier parió como una hija salida de sus propias entrañas, y que ejerció un papel compensatorio con respecto a las frustraciones que le deparó a menudo su carrera.

Por detrás de estos dos grandes afectos contrapuestos, pero a poca distancia, se sitúan una serie de relaciones más circunstanciales con otras ciudades; se trata de amores más breves, aunque no por ello menos apasionados o menos persistentes en el recuerdo. Argel, Barcelona y Marsella forman un triángulo que muestra la predilección de Le Corbusier por la cultura del sur. Moscú y Berlín, en cambio, son un buen indicio de su atracción por el poder. A estas siete ciudades habría que sumar otras tres del subcontinente sudamericano que, en su momento, asombraron a Le Corbusier y excitaron su instinto de proyectista: se trata de Buenos Aires, Río de Janeiro y Bogotá. Esta lista de preferencias, naturalmente, no es más que una conjetura del articulista. Pero sí creo posible afirmar que en el conjunto de relaciones que estableció con esas diez ciudades, se cifra toda la reflexión de Le Corbusier sobre temas urbanos.

Su relación con Bogotá se inicia en junio de 1947, en un viaje de contacto, y concluye en agosto de 1952 con la dimisión de Santiago Trujillo, alcalde de Bogotá. Los objetivos logrados son muy parciales respecto a las pretensiones iniciales. El resultado más concreto del trabajo efectuado en esos años es el Plan Piloto de Bogotá (1950), que pertenece de lleno al tercer periodo de la urbanística corbusieriana que gira en torno al modelo teórico de *Los tres establecimientos humanos*, publicado en 1945, en el que se despliegan una serie de sistemas operativos que son ya la respuesta a las exigencias de transformación urbana que aparecen tras la guerra mundial.



1. Plan Piloto para Bogotá, 1949-50. Le Corbusier.
2. Vista de Bogotá desde los cerros.
Foto: Saúl Órdüz



En *Los tres establecimientos humanos* Le Corbusier plantea una estrategia menos rígida y globalizadora en su concepción de la ciudad con la que pretende superar el modelo anterior, *La ville radieuse*, basado en una estricta simetría bilateral, que es aún deudor, en diversos aspectos, de la ciudad ideal de época renacentista. El nuevo modelo, en cambio, parte de la escala macro-territorial y ello permite disponer los viejos cascos urbanos y las nuevas implantaciones con relativa independencia, convirtiendo los hechos geográficos en elementos vertebradores de la estructura metropolitana, de modo que los grandes espacios libres pasan a ser el material aglutinante y conectivo del nuevo tapiz urbano.

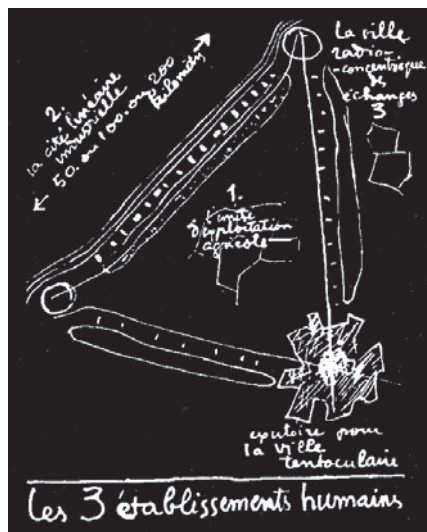
El proyecto de urbanización de Saint-Dié (1945) y el de Saint-Gaudens (1945-46), son las primeras aplicaciones concretas de ese modelo que Le Corbusier había ido madurando en los años de guerra, pero Bogotá debió parecerle el lugar perfecto para comprobar sus principales hipótesis. El salto sustancial entre *La ville radieuse* y *Los tres establecimientos humanos* está en el hecho de que en éste último se toma la realidad de la ciudad existente como un dato topográfico más con el que confrontarse. Para afirmar las líneas maestras del nuevo asentamiento no se precisa de una *tabula rasa* que garantice su carácter incontaminado con respecto a la historia.

En Bogotá, Le Corbusier encuentra todo aquello que requiere para establecer las bases de una gran ciudad moderna: un espléndido marco geográfico con la imponente cordillera que cierra la ciudad al norte, el extenso valle que se despliega a sus pies, la ciudad histórica que se recorta de un modo nítido contra el perfil de las montañas y las grandes avenidas que siguiendo trazas territoriales constituyen ya una promesa para la futura plasmación de la ciudad abierta. Y, sobre todo, la energía social necesaria para desencadenar ese proceso. Una energía, en parte fuera de control, que acabó por arrollarle y dejarle fuera de ese proceso.

2

En el proyecto para Saint-Dié se trataba de reconstruir una ciudad de 30.000 habitantes, gravemente dañada por la guerra, incorporando un nuevo sector residencial para unos 12.000 habitantes y un centro de carácter cívico y administrativo. En el plan piloto para Bogotá el problema es otro y posee una escala bien distinta. Aquí la cuestión es encauzar el crecimiento imparable de una ciudad en rápido desarrollo, que contaba ya con más de medio millón de habitantes y que, en pocos años, preveía duplicar su población. Para ello era preciso insertarse en una estructura existente sin destruirla y crear un centro cívico adecuado a la nueva escala superponiéndolo al centro de la ciudad colonial, sin violentarlo o desfigurarla. Esto implicaba un enfoque distinto en el modo de operar habitual en Le Corbusier.

Cuando viaja por primera vez a Bogotá en 1947, Le Corbusier había cumplido ya los sesenta años. Había dibujado grandes propuestas urbanísticas



para ciudades de varios continentes (casi siempre por propia iniciativa) pero nada o casi nada se había realizado conforme a sus planes. Se imponía, pues, un cambio de estrategia: a partir de ahora, se tratará de conseguir primero el encargo de un edificio concreto cuya repercusión urbana esté asegurada, para luego, confiando más en la inducción que en la deducción, y acceder a las decisiones sobre el esquema de ordenación general de la ciudad.

Por ello en Bogotá, desde el principio, además de atender las consultas sobre las líneas generales del crecimiento urbano, Le Corbusier apunta directamente al “corazón de la ciudad”, es decir, a la cuestión del Centro Cívico y a su pieza principal: el *grand immeuble*, el “gran edificio” laminar destinado a alojar las dependencias administrativas de los nuevos ministerios. Si se lograra construir esa pieza, piensa Le Corbusier, el efecto arrastraría al resto de la propuesta. Para propiciar esa posibilidad concibe un triple frente capaz de operar de un modo coordinado. En primer lugar, se propone el Plan Piloto como documento que sintetice el esquema o forma general de la ciudad, para lo cual se requiere un amplio consenso político. En segundo lugar, se instaura la oficina del Plan Regulador, encargada de desarrollar los planes urbanísticos, al frente de la cual estarían Josep Lluís Sert y Paul Wiener. Y en tercer lugar, se plantean las bases para el proyecto del Centro Cívico, coronado por el *grand immeuble*, que Le Corbusier se reserva para elaborarlo personalmente en su estudio de París.

El Centro Cívico habrá de ser la piedra de toque del conjunto porque en él podrá visualizarse la simbiosis entre los vestigios del pasado y los elementos de la nueva ciudad, es decir, la capacidad del ideario corbusieriano de insertarse de manera no traumática en la realidad construida.

3

Para concluir esta nota, me referiré a la propuesta del Centro Cívico ciñéndome al análisis del espacio público que habría resultado en caso de haberse llevado a cabo el proyecto. El problema arquitectónico que Le Corbusier se plantea en Bogotá es el de cómo pasar de la plaza uniforme y cuadrada de la ciudad colonial, a la explanada tensionada y dinámica que encarnaría el principal lugar público de la nueva ciudad metropolitana, llevando a cabo una gran ampliación del espacio libre sin desfigurar las condiciones de la antigua plaza colonial.

El centro urbano de Bogotá está definido con precisión. Lo componen nueve manzanas cuadradas de las cuales la central queda vacía para formar la plaza. Lo importante es delimitar los frentes de las manzanas que rodean la plaza central. Así ocurre en la plaza Bolívar de Bogotá tal como ha llegado hasta nosotros. Ésta es una hermosa plaza estática, pero queda lejos de la expresión requerida para convertirse en el gran lugar público de la nueva ciudad. Los principales poderes se asoman a ella: en el lado este

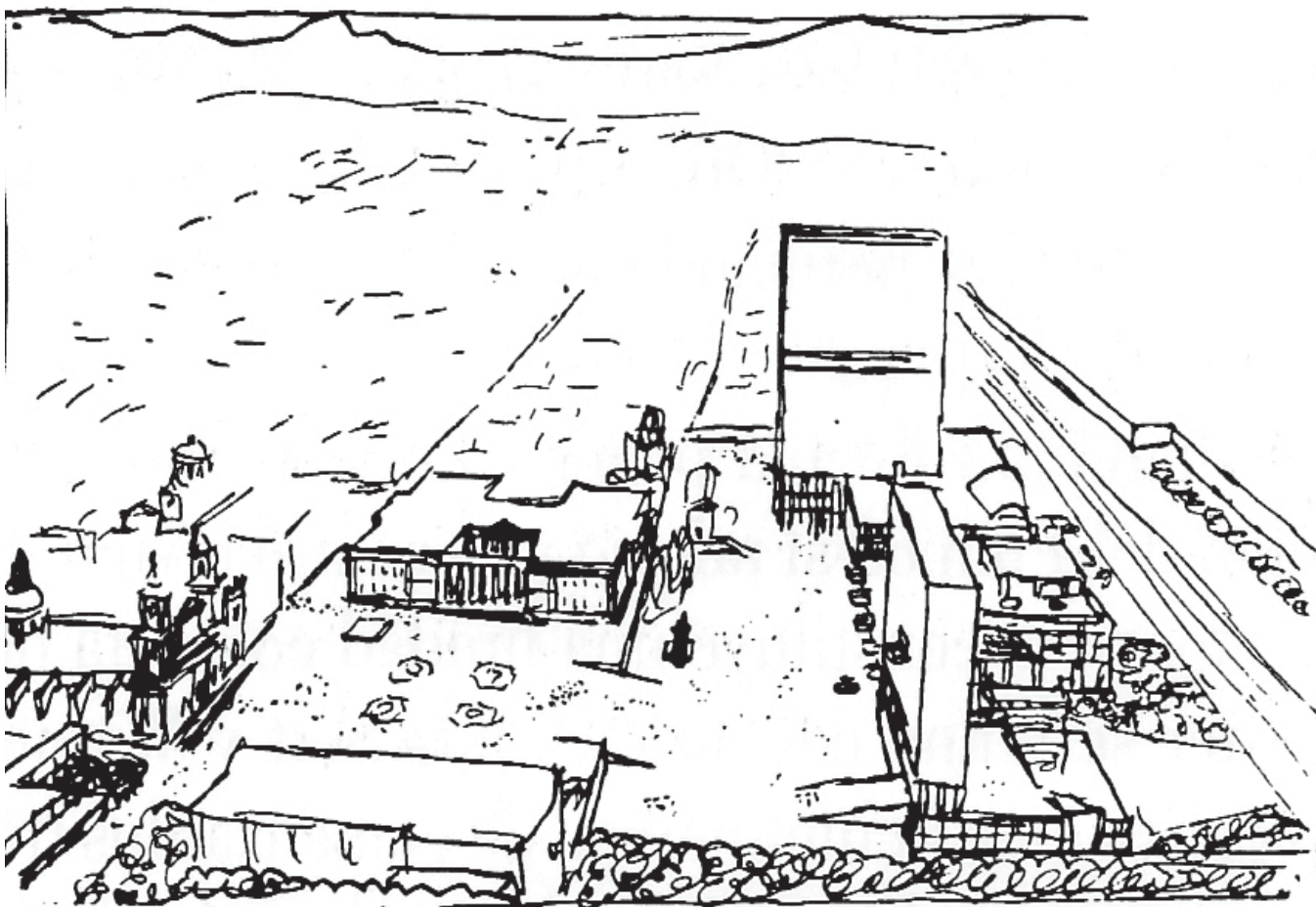
3. Los tres establecimientos humanos, 1945. Le Corbusier.
4. Esquema interpretativo del Plan Piloto para Bogotá, 1949-50. Le Corbusier. Dibujo: Xavier Monteys





5

5. vista del centro de la ciudad de Bogotá, años 50
6. Croquis del Centro Cívico de Bogotá, 1949-50. Le Corbusier.



6

se ubica la Catedral y el palacio arzobispal; en el norte, el palacio de Justicia; en el sur, el edificio del Congreso. El lado oeste es el menos consistente, aunque el edificio que lo ocupa posee la condición de cortina continua que es lo que mejor conviene al espacio regular de la plaza. La pregunta es: ¿cómo debe aparecer, entonces, en ese escenario homogéneo y equilibrado, la potencia y el dinamismo de la ciudad contemporánea tal como la piensa Le Corbusier?

Su apuesta es muy clara: los tres frentes más sólidos de la plaza deben conservarse, pero en su cuarto lado el espacio debe abrirse al perfil de la ciudad moderna representada por el “urbanismo en tres dimensiones” del Centro Cívico. Para ello se requiere triplicar la extensión del espacio libre existente, yuxtaponiendo a la plaza una gran explanada lineal cuya longitud abarque tres manzanas para permitir el despliegue de la fachada principal del Centro Cívico. La plaza cuadrada y la explanada lineal suman así sus respectivas superficies pero sin mezclarse ni confundirse entre ellas.

Le Corbusier pone especial énfasis en el corte topográfico que separa la plaza y la explanada, y lo materializa con una línea que subraya la delimitación de ambos espacios. La explanada lineal introduce la distancia necesaria entre lo antiguo y lo moderno para que se produzca esa dialéctica intensa y beligerante que Le Corbusier quiere poner en escena.

El Centro Cívico es un organismo complejo en el que se van intercalando volúmenes y espacios abiertos con la intención de lograr un orden visual cuyo equilibrio no sea fruto de la uniformidad o de la repetición, sino del equilibrio de valores contrapuestos. Además de los diversos cuerpos complementarios, el Centro Cívico consta de tres volúmenes principales: uno central, de planta cuadrada, de parecida envergadura al Congreso y situado frente a él, y dos edificios laminares de desarrollo vertical, con sus directrices perpendiculares entre sí. El primero de ellos, de menor altura, da frente a la Catedral y define el eje visual que, a través de la plaza, pone en relación la ciudad y la cordillera que la protege y arropa. El segundo edificio es el *grand immeuble*, que destaca por encima de todos por su gran altura y que marca, con su posición en un extremo de la explanada, la directriz dominante del crecimiento urbano.

Se crea así un paisaje en el que tienen cabida piezas de formas muy diversas pero que, mediante la ponderación de sus volúmenes, resuelve la composición de la ciudad moderna por vía de un nuevo sistema de equilibrios. En este proyecto Le Corbusier alcanza la plena madurez como urbanista. Sólo cabe lamentar que su relación con Bogotá no llegara a consumarse. Si esto hubiera ocurrido, además de haber ganado otra obra importante del maestro suizo, nos habiéramos podido ahorrar muchos comentarios hechos desde la estrechez de miras y desde el lado de unos prejuicios sólidamente asentados que han desvirtuado, en buena medida, la capacidad de la arquitectura para construir la ciudad contemporánea.